

Edgardo Rodolfo Sosa

Lo esencial es
invisible a los ojos



Prefacio

Hace veinte años, hice mi primera incursión en el maravilloso mundo de El Principito, con mi ensayo El Principito y su revolución psicológica.

Más allá de la lógica gratificación que me han producido sus hasta ahora cinco ediciones en castellano (Guadalupe, Bs. As.) y dos en portugués (Paulus, San Pablo, Brasil), considero que la “obra cumbre” de Saint-Exupéry ofrece una temática demasiado amplia, profunda y fascinante, como para no osar aventurarme en un nuevo intento de explorar su inagotable veta de riquezas humanas y humanizantes.

En el hacer más urgente este acicate interno, ha influido el invaluable estímulo de lectores, colegas escritores, docentes, amigos, estudiantes universitarios —argentinos y extranjeros— profesionales y muchos otros, que de alguna manera se acercaron a mí para brindarme generosamente sus observaciones, sus inquietudes y sus críticas constructivas, todo lo cual agradezco profundamente.

Pero hay dos personas a quien debo un agradecimiento mucho más íntimo y significativo: en primer término, a mi adorada esposa, que me supo acompañar en todo momento, con su paciencia en escuchar, con su criterio, tanto profesional como humano en juzgar sin concesiones y su irrenunciable compartir los tiempos, los logros y las dudas, las ansiedades y las expectativas.

En segundo lugar, a mi muy querida hija adolescente, Andrea, que con su ansioso interés por ver editada esta obra y, fun-

damentalmente, por su identificación con la tarea que su papá realiza y su temprano amor por las letras, me hizo sentir que mi vocación de escritor se amalgama maravillosamente con la de padre, en una tierna simbiosis creativa.

De aquí esta nueva aventura editorial, que tiene el presuntuoso objetivo de tratar de encarar la apasionante aventura de internarme en el “bosque virgen” de lo que para mí —y ciertamente para muchos— constituye el núcleo y la médula del “mensaje” que transmite nuestro escritor por boca del amigo zorro:

No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

En alguna medida, en mi ensayo anterior abordé este tema en forma genérica y ambientada en una exégesis de casi todo el texto de *El Principito*. En este ensayo, mi intención es desarrollarlo en forma específica y, por lo tanto, con mayor profundidad.

Cabe aclarar que el tema de lo esencial, en Saint-Exupéry, no aparece solamente en *El Principito*. Ciertamente, en esta obra adquiere su mayor elocuencia literaria, desde el punto de vista de la eficacia comunicacional del lenguaje. Pero creo que es necesario bucear en otras obras del genial escritor francés, para poder descubrir el sentido más recóndito y humano del “secreto”.

De aquí el espontáneo recurso a otros escritos de nuestro autor, más o menos precursores y más o menos puntos de eclosión de la inspiración que lo llevó a escribir *El Principito*.

En este sentido, el libro al que con mayor frecuencia cito en esta obra es *Tierra de Hombres*, en cuyas páginas se encuentran en ciernes, ya como semillas, ya como retoños o ya como árboles frondosos, toda o casi toda esa estupenda flora que luce sus mejores perfiles y colores, en el apacible jardín de *El Principito*.

En efecto, para quienes hayan leído *Tierra de hombres* resulta fácil constatar que en ese libro aparecen todas o casi todas las

imágenes del entorno perceptivo y temático que encontramos en *El Principito*: por ejemplo, el avión, el desierto, el accidente, el pozo, el agua, la rosa, el zorro, la serpiente, los planetas, el rey negro, el oasis, los bosques vírgenes, los ritos y, por supuesto, lo esencial y los principitos.

Naturalmente, esas imágenes juegan un papel contextual y argumental distinto en ambas obras. En *Tierra de hombres* configuran —por así decir— un valle amplio y multicolor en el que discurre el río impetuoso y serpenteante de la vida, vivida como una aventura. En *El Principito* —para seguir con la analogía—, trazan el perfil de una pirámide en cuya cumbre confluyen armoniosamente los rostros y gestos de la vida, la realidad, el misterio y la sabiduría.

Pese al uso cotidiano y hasta popular que se hace de la expresión: *Lo esencial es invisible a los ojos...*, por lo cual la podemos encontrar, tanto en una viñeta de algún matutino porteño, como eslogan de una propaganda televisiva o como texto de enganche en una revista que publicita productos medicinales, la máxima no ha perdido todavía su original profundidad ni significado. Precisamente por este motivo, resulta necesario sacudir ese polvo de cotidianidad que, de hecho, ha caído en cierta medida sobre ella, para que, con el correr del tiempo que produce inexorablemente un desgaste en la significación de las palabras, no quede degradada finalmente a ser poco menos que un alegre y sonoro lugar común de un lenguaje pseudocultural o un recurso altisonante de estrategias publicitarias.

El secreto del zorro está muy lejos, naturalmente, de asemejarse siquiera a cualquier clase de proclama ideológica o doctrinaria, como a menudo sucede en la palestra de cierta política que sabe más de retórica que de sustancias.

Tampoco tiene que ver, por supuesto, con alguna clase de eslógans de corte proselitista, que se puede aprender fácil y rápi-

damente de memoria y luego volcarse, con idéntica fluidez, aquí y allá, sin que quienes lo propalan tengan, por lo general, alguna vaga idea de lo que están diciendo.

Y ni siquiera tiene mucho que ver —aunque exista alguna analogía— con el hecho de que un padre dé consejos a su hijo o un abuelo a su nieto, como herencia y tradición de sabiduría.

La razón es muy simple: mientras una proclama se anuncia a viva voz, un eslogan se pregona a tiempo y a destiempo y un consejo se da o se transmite, un secreto generalmente se revela. Esta es la imagen que supuestamente cabría en la narración. Pero —y aquí nos encontramos con una de las tantas sorpresas que nos depara El Principito—, ni siquiera este hecho se da en el cuento. El zorro no dice al niño: Te revelaré un secreto, sino: Te regalaré un secreto.

No se trata, pues, de un misterio que se explica ni de un enigma que se aclara, como podría haberse esperado como lógica narrativa. Por el contrario, ese secreto es un regalo que el propio destinatario debe desatar y desenvolver cuidadosamente. Como si ese don fuese en realidad un cofre que guarda un valioso tesoro, pero es el propio destinatario quien debe buscar la llave que le permitirá abrirlo y descubrir de qué se trata.

La temática que desarrollo en este ensayo abarca una parte del secreto del zorro: Lo esencial es invisible a los ojos. Dejo para un segundo libro el tratamiento de la otra parte de ese secreto: Sólo se ve bien con el corazón.

A nadie que haya leído El Principito escapa que la expresión completa del mensaje ha sido invertida, ya que originalmente es: No se ve bien sino con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos.

El motivo de ello es de carácter puramente metodológico y de estrategia literaria que he creído oportuno adoptar con el fin de lo que considero un desarrollo más lógico de la temática que

subyace debajo de la globalidad significativa del secreto.

Resulta necesario aclarar al lector que en más de una página de esta obra, va a encontrarse con algún desarrollo conceptual de carácter más bien teórico, desde el punto de vista psicológico. Pese a que la lectura de esos textos pueda resultar más o menos densa, creo que, precisamente por respeto a quien lee, es útil aclararle de qué estamos hablando, en los términos y entorno conceptual que corresponde. El mismo Principito hacía preguntas concretas a su interlocutor, acerca de qué quería decir con tal o cual palabra que este pronunciaba en el curso de la conversación. El motivo es muy simple: tomaba muy en serio el significado de cada vocablo, porque lo consideraba un ingrediente esencial del entendimiento mutuo. Pero, además, porque tomaba muy en serio el diálogo con el otro, ya fuera este un piloto, un zorro, una flor, un hombre de negocios o una serpiente.

De todos modos, el lector podrá comprobar que este esclarecimiento conceptual que, por otra parte, trato en todos los casos de redactar de la manera más simple y llana posible y, pese al requerimiento de una lectura más pausada y atenta, nunca es superfluo, sino muy útil —yo diría indispensable— para la comprensión acabada del desarrollo y contenido temático de este ensayo.

Por resultar en esta obra el blanco de un especial cuestionamiento, cabe hacer una breve referencia a lo que ha sido dado en llamar la postmodernidad, es decir, el momento histórico que está viviendo la humanidad y que no es otra cosa que una nueva edad de la cultura —como ha sido descripta— y que se ubica en la época posindustrial, a partir de los '80 y cuyas características más globales podríamos describir sintéticamente con los términos de Alain Finkielkraut, en su libro *La Derrota del Pensamiento*:

Ya no se trata de convertir a los hombres en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos, de divertirles al menor costo posible. El

individuo posmoderno, conglomerado desenvuelto de necesidades pasajeras y aleatorias, ha olvidado que la libertad era otra cosa que la potestad de cambiar de cadenas y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha.¹

Es obvio, que, a través del tiempo, el entorno del hombre —como diría Ortega— o lo que análogamente es su calidad de vida, se ha visto enriquecida por los invalorable aportes de la ciencia y la tecnología, en sus más variadas manifestaciones.

Es innegable, además, que en términos de producción y crecimiento industrial, en los últimos treinta años, la humanidad ha dado un verdadero salto hacia un presente y un futuro caracterizado por un despliegue prodigioso de objetos de consumo masivo que han hecho, hacen y seguramente harán cada vez más cómoda y confortable la vida del hombre sobre el planeta, en todos los aspectos.

¿Quién puede negar que todo ello se inserta positivamente en lo que denominamos desarrollo, crecimiento, progreso y calidad de vida? Pero, a la luz del pensamiento saintexuperiano, cabe hacer una pregunta:

¿Ha crecido, está creciendo o hay perspectivas de desarrollo y enriquecimiento de la calidad de la vida humana?

Dicho de otra manera: frente a ese crecimiento y valorización productiva de las cosas del hombre.

¿Ha crecido, crece o se vislumbra alguna perspectiva cierta o probable, a corto, mediano o largo plazo, de enriquecimiento vital y vivencial del hombre como tal, es decir, de su ser, de su

esencia?

Este ensayo pretende poner un grano de arena que se sume constructivamente a tantos otros, en una de las tareas más trascendentales —y en la actualidad más urgentes y necesarias que nunca, sobre todo desde el punto de vista educativo y cultural— que tiene la humanidad y el hombre de hoy: rescatar el valor de lo esencial de la invisibilidad en que lo ha sumido el velo de la cultura posmoderna.

I. Una “ceguera” existencial

Hace muchos años vi una película de Walt Disney, titulada El Puma. No recuerdo todo el filme, pero sí algunas escenas y diálogos que me impactaron y que trataré de reproducir aquí, apelando un poco a la imaginación, para poder llenar de alguna manera los baches que, obviamente, quedaron en mi memoria.

La historia se desarrolla en una zona montañosa del Oeste de los Estados Unidos, parecida a la que los mendocinos tenemos en una muy bella región del Alto Potrerillos, a los pies de la cordillera andina, y que llamamos Valle del Sol.

El escenario del hermoso largometraje es un vasto latifundio al que su propietario, un recio y testarudo montañés, por apremios económicos, está decidido a transformar en un atractivo coto de caza mayor. Por supuesto, no le faltan clientes. Entre ellos se encuentra un grupo de amigos que aplauden entusiastamente la idea. Ellos no ignoran que en esas montañas se pueden rastrear muy buenas piezas de fornidos felinos que son un verdadero desafío para los cazadores más experimentados y un blanco inmejorable para probar la precisión de las miras telescópicas y los nuevos rifles de caza que las páginas de las revistas especializadas promueven con lujo de detalles técnicos.

Cierto día, cuando los últimos gestos del crepúsculo ceden su turno a los primeros ademanes de los duendes nocturnos, el patrón llama al encargado de la estancia, Etio, para comunicarle que dentro de unos días van a llegar unos amigos con quienes firmará un contrato por el cual les será permitido cazar en el lugar.

Índice

Prefacio	11
I. Una “ceguera” existencial	19
II. “Lo esencial” de cada día	25
III. La aventura humana del “ver”	49
IV. Más allá de un ingenuo “ver” de niño	59
V. En el mágico reino del “asombro”	71
VI. “Saber esperar” para “saber ver”	91
VII. Lo “serio”: figura y fondo de la verdad	109
VIII. “Interrogar sobre lo esencial”: una opción liberadora	133
IX. El mensaje “esencial” de la “crisis”	155
X. Epílogo de una imagen	181